

Juan David Morgan

Cicatrices inútiles

Hay heridas que nunca cerrarán



En 1989 Estados Unidos intervino militarmente en Panamá para acabar con el gobierno dictatorial de Noriega, antiguo colaborador de la CIA. *Cicatrices inútiles* es la novela sobre este evento fundamental de la historia reciente de América Latina.

A treinta años de haber sucedido, las opiniones siguen divididas sin que nadie haya podido permanecer indiferente. ¿Fue necesaria la invasión? ¿Qué causas políticas subyacen? ¿Se pudo evitar? Y, sobre todo, ¿valió la pena? Son solo algunas de las muchas preguntas que se desencadenan a lo largo de las páginas.

Esta potente obra de Juan David Morgan construye una visión crítica de los hechos que busca revelar muchas de las heridas que todavía hoy siguen abiertas.

Índice de contenido

Cubierta

Cicatrices inútiles

Prólogo

Primera parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Segunda parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Tercera parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Epílogo

Sobre el autor

Advertencia al lector

Cicatrices inútiles es una novela. Aunque la invasión de 1989, escenario en el que se desarrolla la acción y se desenvuelven los personajes, es ya parte de la historia de Panamá, tales personajes son producto de la imaginación del autor. Asimismo son ficticios los diálogos y situaciones en las que participan algunas figuras públicas de la vida política panameña y norteamericana que han sido identificadas con nombre propio.

PRÓLOGO

El viernes, 15 de diciembre de 1989, pocos minutos antes de abordar el helicóptero que lo transportaría a Camp David, el presidente de Estados Unidos recibió la visita de su amigo y secretario de Estado, James Baker.

–Señor presidente, la reunión del Comité Selecto de Inteligencia concluyó hace media hora. Hay consenso en cuanto a la acción a tomar en Panamá.

–¿Y cuál es la recomendación, Jim?

–Una acción militar limitada con objetivos específicos. Estaremos listos 48 horas después de que usted dé la orden.

Luego de meditar un momento, el presidente preguntó:

–¿Cuándo estará disponible el acta de la reunión?

–Mañana antes de mediodía se la haré llegar a Camp David.

George Bush miró detenidamente a su colaborador más cercano y, como queriendo convencerse él mismo, repitió una vez más lo que tantas veces había expresado ya.

–Jim, ya sabes lo difícil que me resulta enviar a nuestros muchachos a que arriesguen su vida en suelo extranjero. Leeré el acta con mucho detenimiento.

A las 12:30 del día siguiente, un ordenanza colocaba sobre la mesa de trabajo del presidente en Camp David un sobre de manila rotulado.

URGENTE Y CONFIDENCIAL

Y a las 2:30 de esa misma tarde, una vez concluido el almuerzo, George Bush iniciaba la lectura del acta de la sesión secreta del Comité Selecto de Inteligencia. A medida que leía, el presidente, siguiendo la costumbre adquirida desde su época de estudiante en la universidad de Yale, subrayaba aquello que le parecía más importante para la toma de su decisión.

Acta de la reunión celebrada
por el Comité Selecto de Inteligencia.
Dic. 15/1989. 1:30 p.m.

Participantes: señor James Baker, secretario de Estado, señor Richard Cheney, secretario de Defensa, general Collin Powell, jefe del Comando Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, general Brent Scowcroft, asesor de Seguridad Nacional del presidente de Estados Unidos, señor Lawrence S. Eagleburger, subsecretario de Estado.

Señor Baker: Todos saben el propósito de la reunión. El presidente nos ha pedido una recomendación en cuanto al curso de acción a seguir en Panamá. Él desea una discusión franca y abierta que sirva de guía para tomar su decisión cuanto antes. Este Comité Selecto *ad hoc*, por instrucciones del presidente, se reúne sin la asistencia del representante de la Agencia Central de Inteligencia y de la Agencia para el Control de Drogas.

General Powell: Es una lástima. Tanto la DEA como la CIA tienen mucho que decir en relación con Panamá.

General Scowcroft: Yo tengo toda la información pertinente, general.

Señor Baker: No creo que sea necesario hacer un recuento histórico de la situación que nos tiene reunidos aquí, pues todos nosotros estamos debidamente ilustrados sobre la situación de Panamá. Basta con decir que el general Noriega ha llevado la crisis a un punto tal que los Estados Unidos se ven precisados a reevaluar sus opciones. El último incidente, como todos sabemos, ocurrió ayer, cuando un soldado panameño mató a un miembro del ejército de los Estados Unidos

e hirió a otro. La justificación que ha dado la Cancillería panameña es que los norteamericanos, que estaban de civil y desarmados, desatendieron una señal de alto en un área de seguridad. Nuestra investigación ha demostrado, sin lugar a dudas, que hubo mala fe por parte del soldado panameño que apretó el gatillo y mala fe, también, en la forma como las autoridades panameñas han tratado de echar tierra al asunto, restándole importancia. Si unimos esto a todos los incidentes de hostigamiento en nuestras bases y a la virtual declaratoria de guerra por parte de Noriega el 14 de diciembre, nos enfrentamos a lo que el presidente considera una situación intolerable. Además, no podemos olvidar que en menos de diez años el canal revertirá a manos de los panameños. Procedamos ahora a analizar nuestras opciones... Brent.

General Scowcroft: Para decirlo muy breve y claramente, tenemos básicamente tres opciones. La primera, incrementar la presión sobre el gobierno de Noriega con sanciones económicas más drásticas. La segunda, realizar una operación comando, capturar a Noriega y traerlo a juicio a los Estados Unidos. Y la tercera, una acción militar más amplia, con objetivos específicos, uno de los cuales sería el que mencioné como segunda opción, esto es, la captura de Noriega para ser juzgado aquí.

General Powell: Hasta ahora hemos insistido, pública y privadamente, que la solución de la crisis de Panamá y la expulsión de Noriega del poder es problema de los panameños. Es evidente que se ha producido un cambio en esa apreciación y quisiera que se me explicaran las razones de ese cambio.

Señor Eagleburger: El general Powell sabe que a pesar de que hemos dicho que el problema de Panamá lo deben solucionar los panameños, de hecho hemos estado trabajando activa y estrechamente con un grupo de exiliados de ese país para lograr la salida de Noriega. Las sanciones económicas han sido parte de toda una serie de otras iniciativas, desde el suministro de fondos para mantener viva la lucha opositora (fondos que provienen de los dineros congelados al gobierno de Panamá), hasta acciones clandestinas encaminadas a lograr rebeliones en la tropa. También hemos contemplado el envío de un contingente armado a Panamá bajo el

mando de uno de los militares panameños exiliados. O sea que aquello de que hemos dejado el problema de Panamá a los panameños es muy relativo. Lo que ocurre es que nuestra intervención hasta ahora ha sido de baja intensidad.

General Scowcroft: Ahora estamos más convencidos que nunca de que el pueblo de Panamá no podrá echar a Noriega del poder en corto plazo. El pasado octubre, con el levantamiento de Giroldi (creo que así se llamaba el mayor que se rebeló) tuvimos una prueba evidente. En Panamá no se produjo el más mínimo alzamiento de la población. Todo el mundo se limitó a ver qué hacíamos los norteamericanos.

General Powell: Me imagino que los panameños habrán pensado, igual que nosotros, que Giroldi y su grupo no representaban ninguna solución real a su problema.

General Scowcroft: Es posible. Lo que quiero decir es que hemos llegado al convencimiento de que para resolver el problema de Panamá ya no hay que deshacerse simplemente de Noriega, sino del aparato militar que él ha montado.

Señor Cheney: En otras palabras, hay que eliminar las fuerzas armadas panameñas. Es una pregunta y no una afirmación.

General Scowcroft: Así es, señor secretario. El problema que vemos ahora es que estamos contra el tiempo. No podemos predecir el futuro político de Panamá y nos restan escasos diez años para que entreguemos el Canal y sus bases militares a los panameños. Es decir, pues, que esta crisis no puede prolongarse indefinidamente.

Señor Baker: Un tema que tenemos que examinar es el relacionado con la Orden Ejecutiva que prohíbe las acciones que puedan desembocar en el asesinato de líderes extranjeros. Debe quedar claro entre nosotros que la interpretación de esa norma ha variado y que, en cualquier caso, no se aplicaría en una situación de guerra.

General Powell: Resulta obvio, señor secretario, que si se le pide al ejército participar en una guerra no se le puede decir que si matan al líder del ejército enemigo estarían violando la ley.

Señor Baker: Por supuesto que no, general. Traigo el tema al tapete porque sé que le preocupa al presidente y por-

que, tal como dijo Brent, uno de los objetivos de la acción bélica será la captura de Noriega, que no solamente es el jefe militar sino el líder político de Panamá. Se trata solo de una referencia para descartar cualquier preocupación al respecto. Volvamos ahora a analizar nuestras opciones.

General Scowcroft: En cuanto a seguir la presión a Noriega incrementando las sanciones económicas, creo que es una vía que debemos descartar. Hasta ahora esas sanciones solo han servido para empobrecer al país y motivar una mayor cohesión en el gobierno. Además, hay evidencias de que las sanciones están motivando una reacción antinorteamericana en el sector más afectado por la crisis, que es la inmensa mayoría del país. Finalmente, como dije antes, el tiempo se nos acorta cada vez más. Si todos estamos de acuerdo, entonces, doy por descontada la primera opción.

Señor Cheney: Espero que la experiencia nos sirva para convencernos de que con sanciones económicas no se expulsa un gobierno autocrático. A Fidel Castro lo hemos tenido cercado económicamente durante los últimos treinta años y ahí sigue aferrado al poder.

General Scowcroft: Veamos ahora la posibilidad de capturar a Noriega y traerlo acá para ser juzgado.

General Powell: El secuestro del médico mejicano sospechoso de haber participado en el asesinato de un agente de la DEA me viene a la mente. Si mal no recuerdo la prensa mundial, sin excepción, condenó nuestra acción. Aún está por decidirse la culpabilidad del individuo y existen grandes posibilidades de que salga libre. En cualquier caso, un secuestro no sería misión para el ejército sino para los agentes de la CIA.

General Scowcroft: El tema del secuestro de Noriega fue planteado durante la administración del presidente Reagan. En aquella ocasión se desestimó porque iba en contra de la Orden Ejecutiva que prohíbe cualquier acto capaz de culminar en el asesinato de líderes extranjeros. Hoy, aunque haya variado la interpretación de esa orden, capturar a Noriega no resolvería nuestro problema en Panamá. Ya no se trata solamente de Noriega, sino de las Fuerzas de Defensa como un todo.

General Powell: Resulta difícil creer que no haya en el ejército panameño ningún hombre honesto y cabal.

Señor Eagleburger: Si acaso los hay, están en rangos muy inferiores. Según parece, todos los miembros del Estado Mayor y los oficiales de alta graduación están corrompidos. La captura de Noriega podría provocar en ellos una reacción de venganza en contra de los panameños y, sobre todo, de los norteamericanos que viven en Panamá. El desarrollo de la situación sería impredecible y podríamos terminar con varios Noriegas en lugar de uno.

General Powell: La única ventaja aparente que tendría la opción de secuestrar a Noriega es que se perderían menos vidas y bienes materiales, al menos al inicio. Conuerdo con el señor Eagleburger en que el desenvolvimiento de los acontecimientos posteriores al secuestro de Noriega es impredecible y quizás para entonces habríamos de recurrir a la tercera opción, pero ya sin el elemento sorpresa y sin el control de la situación que tendríamos si actuamos ahora. Creo que debemos descartar la segunda opción.

Señor Cheney: Conuerdo con Collin y eso nos deja únicamente la tercera opción, o sea, una acción militar directa contra Panamá. Solamente decirlo me produce escalofríos.

General Scowcroft: Realmente no estamos hablando de una acción militar contra la República de Panamá, sino específicamente contra un dictador y el ejército que lo sostiene en el poder por encima de la voluntad de su pueblo. Esta es la manera como debemos enfocar el problema, sobre todo cuando llegue el momento de informar a nuestros aliados y al resto del mundo.

General Powell: Me gustaría que el secretario de Estado nos ilustrara sobre la posibilidad de que tropas de otros países de América Latina participen con nosotros en la acción militar, ya sea directamente o a través de los mecanismos de la OEA.

Señor Baker: No existe la más mínima posibilidad, General. La OEA trató de mediar en el asunto y lo que logró fue complicar más las cosas. En cuanto a la participación directa de algún otro país, hemos tocado el tema con varios gobiernos y con algunos líderes y la respuesta ha sido siempre la misma: el principio de la no intervención es sagrado en Amé-

rica Latina. Privadamente nos expresan su preocupación por la situación de Panamá y nos recuerdan que somos nosotros los que tenemos la responsabilidad de velar por la seguridad del Canal.

Una llamada que entraba en el teléfono codificado interrumpió en este punto la lectura del presidente. Luego de los usuales ruidos electrónicos, la voz del secretario de Estado se escuchó en el auricular:

–Señor presidente, me permito molestarlo porque han ocurrido nuevos incidentes que me indican que la situación en Panamá sigue empeorándose.

–Precisamente estoy terminando de leer el acta de la reunión del Comité Selecto. ¿Qué ocurre ahora?

–Aunque aún no tenemos todos los detalles, parece ser que un soldado norteamericano vestido de civil fue detenido por un soldado panameño que le exigía una identificación. Nuestro hombre lo que hizo fue sacar su arma y mató al panameño en el acto. La reacción no se ha hecho esperar y algunas conversaciones interceptadas por los servicios de inteligencia sugieren que los llamados Batallones de la Dignidad preparan actos de venganza contra norteamericanos residentes en Panamá. Además, algunos agitadores están haciendo llamados y lanzando consignas antinorteamericanas en las emisoras de la ciudad capital. El asunto se torna cada vez más grave y urgente, señor presidente.

–Veo que los hechos se están encargando de decidir por nosotros, más rápido de lo aconsejable. Convoca para mañana en la Casa Blanca al Comité Selecto y que venga también Marvin. A las cinco de la tarde para no arruinarles del todo el descanso dominical.

–Sí, señor. Hasta mañana.

–Hasta mañana, Jim.

El presidente Bush colgó el teléfono, se levantó y se dirigió lentamente hacia la ventana del estudio. Afuera, los

árboles, desnudos e indefensos, esperaban la primera nevada del año que estaba anunciada para la mañana siguiente. Aunque el inicio del invierno era la época menos atractiva en Camp David, resultaba también la más apacible y callada. En ocasiones George Bush prefería el silencio a la belleza, sobre todo cuando tenía que tomar decisiones importantes. En apenas 10 días sería 25 de diciembre y todo indicaba que tendría que enviar muchachos norteamericanos a pasar las fiestas navideñas lejos de su familia, combatiendo. Algunos de ellos no regresarían más y en las navidades venideras estarían tan solo en el recuerdo de sus seres queridos. Esta era, sin duda, una razón más por la que sentía tanto desprecio por el dictador panameño. El presidente de los Estados Unidos sabía desde tiempo atrás que las acciones del sátrapa, que de empleado de la CIA había pasado a ser socio de narcotraficantes, lo obligarían a tomar el tipo de decisiones que a ningún jefe de Estado le complacía enfrentar. Regresó a su escritorio y continuó la lectura.

Señor Cheney: Ciertamente que la defensa del Canal será nuestra mayor justificación para intervenir. Los convenios nos dan ese derecho. Por esa misma razón una prioridad de la operación será que el Canal no sufra ningún daño.

Señor Baker: Además de nuestro derecho a proteger el Canal, pienso lograr de los líderes panameños una petición expresa de que intervengamos contra Noriega y su ejército.

General Powell: ¿Y qué líderes son esos, señor secretario?

Señor Baker: Me refiero a los que resultaron electos en las elecciones de mayo pasado y a quienes Noriega no permitió asumir el poder.

Señor Eagleburger: Endara, Arias y Ford, que ganaron con 80% de los votos. Ya hemos sondeado el asunto y están más que dispuestos a darnos lo que sea con tal de que los libremos de Noriega.

General Scowcroft: Cuando Delvalle era el presidente reconocido por nosotros solicitamos y obtuvimos una nota similar.

General Powell: Que nunca utilizamos.

General Scowcroft: En aquella época la intervención militar se descartó.

General Powell: Presumo que la siguiente pregunta es qué valor tendría una petición de tres señores que no ejercen ningún poder y que solo lo ejercerán después de que la intervención militar se haya consumado.

Señor Eagleburger: Estamos trabajando en eso, general. Nuestro plan es que el presidente y los vicepresidentes elegidos por el pueblo de Panamá tomen posesión de sus cargos justo antes de la intervención.

Señor Baker: Consideramos de suma importancia que no se produzca un vacío de poder en Panamá que nos obligue a quedarnos más tiempo del necesario. Estos señores, que fueron electos por la inmensa mayoría de su pueblo, tendrán que formar un gobierno y organizar el país.

General Powell: ¿Y serán capaces de hacerlo? La tarea no es nada fácil.

Señor Eagleburger: Conozco personalmente a los tres. Ford y Arias son hombres de mucho carácter. Endara es una buena persona, pero con muy poco carisma. La impresión que tenemos es que los dos vicepresidentes tendrán el poder y el presidente lo ejercerá, más bien como un mascarón de proa. En cualquier caso, estamos conscientes de las dificultades y tenemos gente lista para ayudar.

Señor Cheney: Hablemos ahora del tipo de acción militar que emprenderemos. ¿Tienes algún criterio formado, Collin?

General Powell: No tengo la menor duda, señor secretario, de que la acción debe ser aplastante. Usaremos todos los recursos necesarios para lograr el objetivo en el menor tiempo posible. Y para mí el objetivo está claro: destruir el ejército panameño rápida y totalmente para que el nuestro sufra el menor número de bajas. La captura de Noriega es para nosotros algo secundario y dependerá de la actitud que él asuma. Obviamente, si lucha será más fácil su captura que si decide

escondere. En cualquier caso, tarde o temprano lo aprehenderemos.

General Scowcroft: Existe también la posibilidad de que muera en combate.

Señor Baker: En cuyo caso nos ahorraría a todos muchos problemas.

General Powell: No creemos que Noriega ni ninguno de los militares de alto rango combatirán. Lo harán, tal vez, oficiales más jóvenes y nacionalistas, pero Noriega, lo dudo. Los espías jamás dan la cara y mucho menos en una guerra.

Señor Baker: ¿Estamos preparados para discutir los pormenores de la acción militar que será necesaria?

General Powell: A grandes rasgos, estoy listo para darles la información sobre los planes que hemos adelantado hasta ahora.

Las siguientes siete páginas del Acta estaban dedicadas a analizar la disposición y traslado de tropas, algunas de las acciones bélicas, el equipo a utilizarse, y otros detalles que el presidente leyó con interés, convencido ya de que en poco tiempo el ejército norteamericano estaría atacando a las fuerzas armadas panameñas. Le sorprendió un poco enterarse de que el Pentágono tenía la intención de usar un escenario tan reducido como Panamá para probar, por primera vez, el nuevo cazabombardero Stealth. «Los generales no pierden el tiempo», pensó.

* * *

A las cinco y quince de la tarde del domingo 17 de diciembre de 1989, los integrantes del Comité Selecto de Inteligencia se reunían en la Oficina Oval con el presidente.

El secretario de Prensa, Marvin Fitzwater, también estaba presente.

—¿Estamos todos conscientes del alcance de la decisión que tomaremos? ¿Hay algún ángulo que no se haya